

## Editoriales y Colaboraciones

Por los caminos de Europa

## NIÑOS TRISTES

EN un reciente libro, Klaus Mehnert afirma algo que, por venir de un alemán, no puede menos de llamarnos la atención: "Los trabajadores extranjeros y los soldados americanos habrán podido observar que los alemanes no quieren a los niños. En realidad, es más fácil encontrar casa a un matrimonio con perros que a un matrimonio con niños."

En efecto, cualquiera que viva cierto tiempo en Alemania puede darse cuenta de que la familia alemana, sobre todo la familia de la ciudad, no tiene por lo general más de dos hijos. ¿Será por razones de alojamiento, como irónicamente señala Mehnert? Allá los sociólogos y psicólogos con las causas de este hecho. A nosotros nos basta con anotarlo: los alemanes no quieren muchos niños.

Pero no quieren muchos niños ni propios ni ajenos. A un trabajador español se le planteó un serio problema cuando, tras unos años de residencia en Alemania, decidió traerse a su familia de España: el casero pretendió expulsarlo de la casa, ya que los niños hacían mucho ruido, molestaban al vecindario, y eso no estaba incluido en el contrato (como suena). El buen hombre, entre asombrado e indignado, dijo que no, que a él no le sacaban así porque sí de la casa. Pero como el casero se obstinara en su postura, nuestro hombre, en un arrebató de ira, repuso:

"Muy bien, usted me saca de la casa, y yo le juro a usted que esta misma noche le prendo fuego al edificio." ¡Santa solución! Ante la amenaza, el casero plegó velas y dejó al buen español que siguiera viviendo en su casa, con sus niños, sus arrebatos y con todo el ruido que le viniera en gana.

A uno, que viene de países meridionales, que es hijo de familia numerosa y que tiene todavía en su memoria muy frescos los recuerdos de la niñez, no puede menos de sorprenderle el espectáculo del niño alemán. Es un niño serio, comedido, falto de espontaneidad, un niño "muy bien educadito". Pero los niños "muy bien educaditos"

siempre me han dado mala espina, fuera de causarme una impresión muy triste. Si, un niño serio es un niño triste. Parafraseando a Santa Teresa—¡qué alegría infantil la de esta gran mujer!—, un niño triste es un triste niño. ¿Será que el carácter alemán es tan rígido y disciplinado desde los albores de la infancia? Se nos hace muy cuesta arriba creerlo.

Comentaba recientemente con un psicoterapeuta infantil este problema. Me aclaró que el origen de esta seriedad no era el carácter alemán, sino la intransigencia paterna. Padres que no permiten a su hijo expansionarse, hacer ruido, "romper algún cristal que otro". Padres que, con la mejor voluntad,

Ignacio MARTIN-BARO

\* \* \*

(Continúa en pág. siguiente)

## NIÑOS TRISTES

(Viene de la pág. anterior)

pretenden que su hijo sea ya a los tres años casi un adulto. Pero con eso matan la iniciativa, la espontaneidad del niño. De hecho, me aseguraba esta misma persona, el mayor obstáculo que tienen que vencer los psicoterapeutas infantiles alemanes es esta actitud paterna de intransigencia. Y también el motivo de la gran mayoría de los conflictos psíquicos del niño alemán. Me contaba el caso de un niño al que, desde que nació, se le dejaba solo en una habitación, imposibilitándosele todo contacto con otros niños y hasta con sus mismos padres. El niño vivía en un mundo de silencios. Y sólo sabía contemplar las hojas de un árbol que se veía por la ventana de su cuarto. Claro, no hacía ruido, no molestaba a las personas mayores; ni reía ni lloraba. Tan sólo sabía contemplar las hojas de un árbol.

No recuerdo quién fue el que dijo que sólo hay dos cosas de las que un hombre nunca se cansa: de ver correr el agua y jugar a un niño. Tal vez por eso sea más doloroso el espectáculo de niños que parecen haber nacido únicamente para despejar ecuaciones de segundo grado o resolver abstractos problemas de filosofía. O para contemplar las hojas de un árbol... en lugar de subirse a él y romperse los pantalones, lo que sería mucho más molesto, pero también mucho más natural y humano.

Ignacio MARTIN-BARO